

GONZALO MILLAN

DEL LIBRO "RELACION PERSONAL", 1968

TOCO RONDAS INFANTILES CON UNA MUECA EN LOS LABIOS

Un muñeco podrido bajo tierra en un jardín
y las ciruelas perdiendo el gusto ácido en el agua.
Tras las carcomidas lanzas de madera de una reja
se le pegan los pétalos en los labios
a un niño que muerde flores rojas.
Y yo, con mis grandes manos, desde lejos,
comienzo a tocar el piano de juguete.

A CAMPO ABIERTO

Oliendo a pasto me levaté
del tibio espinazo de la tierra.
Me habría besado las mejillas
o revuelto el pelo con los dedos,
en cambio,
con una mano me subí los pantalones
y acaricié con la otra todas las estrellas.

HAGO SEÑAS Y SIGNOS PASAJEROS

En aquel mismo árbol fui a buscar
otro verano, el corazón ese, mal grabado
sobre una playa de corteza tersa
con la hoja viva y rota de un cuchillo.
La crecida del invierno y de la savia
había arrastrado nuestras letras,
flechas y dibujos infantiles,
hasta perderlos en el laberinto para siempre
tragados por el remolino de las ramas.

COMO UN PEZ SE ME PIERDE TU ROSTRO DE MIS AGUAS

Te cubre el rostro la sombra de un ave de rapiña
y es tu cara
clara mancha de aceite diluida sobre el agua,
mar alterado por los signos nuevos de la lluvia,
y eres en un charco reflejo de una fruta
que tratan de beber los animales;
vislumbre en el vidrio de una ventana que se mece
y de nuevo, cuando la sombra pasa,
eres el tibio rostro de niña cogido por mis manos,
mientras el pájaro
vuela solo y lejos por los cielos.

UN TIPO EXTRAORDINARIO

Era pequeña y rubia
y casi no tenía pechos.
Yo soy un hombre extraordinario
y tuve que ir en un barco,
trabajar,
y conocer todo el mundo.
Ahora es de un pobre tipo.

• Yo soy un hombre extraordinario.
• Conocí todo el mundo,
• bebí en los puertos
• y trabajé en un barco
• Era pequeña y rubia
• y casi no tenía pechos...
•
•

ROMPIENTE

Como una ola y de espuma pesada de cal y filuda
me derrumbo yo sobre tu carne
y peces muertos semienterrados en la arena
y en la marea te arrastro en mi marca
sobre conchas pegajosas de sangre
te revuelco y leños delfín hembra
devorada caliente y viva por los perros
pez mujer comida
en el vaivén y el tiempo
silencioso de las aguas
por las arañas de mar y las estrellas

¡ANDATE, PAJARO, ANTES QUE VIVA Y TE MATE!

Los jotes me han seguido
de la playa hasta mi pieza
y están en espera
de ver mis ojos
como uvas rotas

• para cruzar hacia mi carne
• por la línea roja
• con que habré rayado la vida
• en mi muñeca.
•
•



El poeta Pablo Neruda y Delia Domínguez, en Isla Negra.

LA FUGA DE LA HIJA UNICA

Escucha, madre;
con piernas de suela se aproxima.
Trae un sol tatuado en el brazo
y una mancha de petróleo en la mejilla.
Tápame con el plumón azul de la infancia.
El viene a través de los rieles,
despertando durmientes con su voz de campana.
Ya cruzó el puente y sus pisadas
se fueron como balsas por el río.
El ya llegó al bosque y dos ramas de aroma
van borrando sus pasos.
Escucha, madre, él viene solo.
Di a los barcos que salgan al camino
y que con sus redes lo atrapen como un lobo.
Pero él los toreará, madre, con su pañuelo,
y les tirará puñados de arena en los ojos.
Di, madre, a los carniceros que abandonen sus locales
y salgan a detenerlo con sierras y cuchillos.
El bajará su estrella que tiene cogida en un hilo
y con su honda de espinos les pegará en el pecho.
Llama a mi padre y dile que abra el ropero
y que dispare, dorada, su escopeta de ajíes.
Escucha, madre, se acerca.
La rodilla tiene abierta su pantalón de mezclilla
y en su camisa sucia hay agujas de pino.
Dile a mi padre que tome el hacha
y que vaya a cortar los rieles.
Madre, sácame los ojos con un gancho de ropa,
y tápame los oídos con cera de abejas.
En sus bolsillos trae una argolla de cortina
y mi canción favorita sale de su pecho.
Dile a los niños que vayan a meterle miedo,
que dibujen rostros de fieras con rojos carbones.
Escucha, madre, se aproxima.
Di a los pájaros de vidrio que le hagan zancadillas.
Di a los cerdos negros que se coman sus dedos.
Que él se llevará mis pechos como dos sombreros,
y mi sexo ondeará en el suyo como un pañuelo.
Madre, que tengo miedo.
Padre, silba a tus toros.
Madre, búscame un hermano.
El vagabundo ya llega con sus manos de fuego,
y siento sus caracoles verdeando mis piernas.
Madre. Padre. El vagabundo.
Que abandonen la taberna los ociosos y los ebrios,
con sus bocas de barriles, emborráchenlo de vino.

Madre, el vagabundo...
quebró los mástiles con sus manos quemadas;
partió los cuchillos blancos de los carniceros;
escupió los ajíes de la escopeta dorada;
los hilos del tren reparó con barro;

les pegó en el traste a los niños que lo asustaron;
quebró la zancadilla de pájaros con su zapato roto;
marcó el lomo de los cerdos con su mano de fuego;
estranguló el vino azulenco que pateó en su vientre.

Madre. Padre. El vagabundo llega.
Ha sacado el plumón como una hoja de mis brazos.
Me ha marcado la frente con su mancha de petróleo,
y ha puesto la argolla en el cuello de mis senos.
Madre, padre, el vagabundo ha llegado.
Vagabundo... Vagabundo. Nos alejamos por los rieles.
Mis pechos penden de su espalda como dos sombreros.
Vagabundo... Vagabundo...
Mi sexo flamea en su sexo como una bandera.
Madre... Padre... Vagabundo... Vagabundo...
Mi amor me lleva por los rieles.

DESIERTO

¿Quién ha dicho que el desierto
se divierte?
Yo lo he visto, viejo,
con la barba seca y enterrada,
sentado en el cráneo de una vaca.
Y no se ríe con las piedras, como dicen.
Ni juega a la ronda en las mañanas
con los cerros.
Ordena sus viejos tarros de conservas
donde guarda tierras de colores
y sale en las tardes, con su sombrero de polvo,
a recoger papeles en la línea de los trenes.
Los domingos, en un remolino de arena,
baja a la plaza de piedras del poblado
y levanta las faldas a las muchachas
que salen de la iglesia.
Pero se equivoca quien dice que se divierte.
Diré que en las noches, solitario,
cuando escucha el remedo de los trenes,
coge piedras pulidas como lágrimas
y quiebra ventanillas con sollozos y alaridos.
Pero no es nada, suenan y se pierden,
y queda silencioso el viejo del desierto.
Ordena su museo de espectros,
mira sus piedras,
patea sus tarros oxidados,
y va con el esqueleto de su perro
a sentarse a la orilla del camino
a mirar si viene un hombre, a lo lejos.